

## LOS CELTAS EN LA HISTORIA ANTIGUA

### PRIMERAS REFERENCIAS

**E**n las crónicas de la Antigüedad clásica desde aproximadamente quinientos años antes de la era cristiana hay frecuentes referencias a un pueblo asociado a esos territorios, a veces en paz, a veces en guerra, que a todas luces ocupaba una posición de gran fuerza e influencia en la *Terra Incógnita* de Europa central. Los griegos llamaban a este pueblo los hiperbóreos o celtas, y este último término aparece por primera vez en textos del geógrafo Hecateo de Mileto, alrededor de 500 a. C.<sup>2</sup>

Heródoto, cerca de medio siglo después, refiere que los celtas habitaban “más allá de las columnas de Hércules” –esto es, en España– y también que el Danubio nacía en su país.

Aristóteles sabía que moraban “más allá de España” y que habían tomado Roma y que daban mucho valor al poderío militar. Otras alusiones no geográficas aparecen ocasionalmente en autores todavía más antiguos. Helánico de Lesbos, un historiador del siglo v a. C., describe que los celtas practicaban la justicia y la rectitud. Éforo, aproximadamente en 350 a. C., tiene tres versos sobre los celtas en los que dice que observaban “las mismas costumbres que los griegos” –no sabemos a qué se refiere– y que tenían gran amistad con ese pueblo, que a su vez reverenciaba la amistad y la hospitalidad. Platón, sin embargo, en las *Leyes*, clasifica a los celtas entre las razas embriagadas y combativas y se les atribuiría un gran salvajismo en ocasión de su entrada en Grecia con el saqueo de Delfos en el año 273 a. C. El ataque y saqueo de Roma por los celtas un siglo antes constituye uno de los hitos de la historia antigua.

La historia de este pueblo en la época en que fueron la potencia dominante de Europa central debe reconstruirse con referencias dis-

persas y mediante los recuentos de los episodios de sus tratos con Grecia y Roma, de modo muy similar a como reconstruye un zoólogo la figura de un animal prehistórico con un puñado de huesos fosilizados. Ninguna crónica celta ha llegado hasta nosotros, ni tampoco han sobrevivido restos arquitectónicos; unas pocas monedas y unos pocos adornos y armas de bronce esmaltados o con hermosos y sutiles diseños cincelados o repujados –estos y los nombres que a menudo subsisten con extrañas alteraciones de los lugares donde habitaban, desde el Euxino hasta las Islas británicas, constituyen casi la totalidad de las huellas visibles que esta poderosa nación nos ha dejado de su civilización y su dominio–. Sin embargo, partiendo de ellas y del testimonio de los escritores clásicos, es mucho lo que puede deducirse y aún más lo que podemos conjeturar con un razonable margen de probabilidad. El gran estudioso de los celtas Marie-Henri d’Arbois de Jubainville, cuya reciente desaparición hemos tenido que lamentar, con los datos disponibles ha trazado un convincente bosquejo de la historia celta del periodo anterior a su plena aparición en la historia con las conquistas de César<sup>3</sup>, y los principales puntos de dicho bosquejo reproducimos aquí.

#### LA VERDADERA RAZA CELTA

Para comenzar, hemos de descartar la idea de que el mundo celta fue habitado por una única raza pura y homogénea. Si aceptamos la conclusión meticulosamente estudiada y argumentada de Rice Holmes,<sup>4</sup> respaldada a su vez por la voz unánime de la Antigüedad, los verdaderos celtas fueron una raza alta y rubia, aguerrida e imperiosa,<sup>5</sup> cuyo lugar de origen (hasta donde podemos rastrearlo) se hallaba cerca de las fuentes del Danubio y que extendieron su dominio a través de la conquista y de la infiltración pacífica por Europa central, la Galia, Hispania y las Islas británicas. No exterminaron a los pobladores originales de estas regiones –razas paleolíticas y neolíticas, constructores de dólmenes y trabajadores del bronce–, pero les impusieron su lengua, sus artes y sus tradiciones y tomaron a su vez mucho de ellos, especialmente, como veremos, en materia de religión. Entre estas razas

los celtas formaron una casta aristocrática gobernante. Dicho estatus comportaba, tanto en la Galia como en Hispania, en Gran Bretaña y en Irlanda, llevar el mayor peso de la oposición armada contra las invasiones extranjeras. Sobre ellos recaía la peor parte de la guerra, las confiscaciones y el destierro. Nunca les faltó valor, mas no fueron lo bastante fuertes o lo bastante unidos para prevalecer y perecieron en una proporción mucho mayor que las primitivas poblaciones que ellos habían sojuzgado. Pero también desaparecieron al mezclar su sangre con estos habitantes, a los que impregnaron muchas de sus nobles y viriles cualidades. De ahí que los pueblos que hoy llamamos célticos y que perpetúan su tradición y su idioma, sean en algunos aspectos tan diferentes de los celtas de la historia clásica y de los celtas que produjeron la literatura y el arte de la antigua Irlanda, y en otros aspectos tan asombrosamente similares. Por mencionar tan solo un rasgo físico, las zonas más célticas de las Islas británicas se caracterizan actualmente por un mayor predominio de la tez y los cabellos morenos. No son muy morenos, pero son más morenos que el resto del reino.<sup>6</sup> Sin embargo los verdaderos celtas eran ciertamente rubios. Incluso los celtas irlandeses del siglo XII son descritos por Giraldus Cambrensis como una raza rubia.

#### LA EDAD DE ORO DE LOS CELTAS

Pero nos estamos anticipando y hemos de regresar al periodo de los orígenes de la historia celta. Así como los astrónomos han descubierto la existencia de un planeta desconocido por las perturbaciones que este ha causado en las órbitas de los que se pueden observar directamente, nosotros podemos discernir en los siglos V y IV a. C. la presencia de una gran potencia cuyos poderosos movimientos se produjeron detrás de un velo que ya nunca será levantado. Esta fue la edad de oro de los celtas en la Europa continental. Durante este periodo los celtas libraron tres grandes y victoriosas guerras, que tuvieron no poca influencia en el curso de la historia del sur de Europa. Cerca del año 500 a. C. arrebataron Hispania a los cartagineses. Un siglo más tarde los encontramos entregados a la conquista del norte

de Italia en poder de los etruscos. Se asentaron en gran número en el territorio posteriormente llamado la Galia cisalpina, donde muchos nombres, tales como *Mediolanum* (Milán), *Addua* (Adda), *Viro-dunum* (Verduno) y tal vez *Cremona* (*creamh*, ajo)<sup>7</sup>, dan fe de su ocupación. Pero su mayor monumento fue el más grande poeta latino, Virgilio, cuyo nombre parece atestiguar su ascendencia celta.<sup>8</sup> Hacia el final del siglo IV invadieron Panonia, conquistando a los ilirios.

#### ALIANZAS CON LOS GRIEGOS

Todas estas guerras fueron emprendidas en alianza con los griegos, con quienes los celtas tenían en este periodo las mejores relaciones. La guerra contra los cartagineses puso fin al monopolio que este pueblo tenía sobre el comercio de estaño con Gran Bretaña y de plata con los mineros de Hispania y sobre la ruta hasta Gran Bretaña a través de La Galia, para la cual los focios habían creado en 600 a. C. el puerto de Marsella, que quedó definitivamente abierta para el comercio griego. Los griegos y los celtas estuvieron aliados en este periodo contra los fenicios y los persas. La derrota de Amílcar por Gelón en Hímera, tuvo lugar el mismo año que la de Jerjes en Salamina. El ejército cartaginés en aquella expedición estaba formado por mercenarios de media docena de etnias diferentes, pero no había ni un solo celta en las filas cartaginesas y la hostilidad celta tuvo que haber sido una razón de peso para que los cartagineses no ayudaran a los persas a derrotar a su enemigo común. Estos hechos demuestran que el mundo celta jugó un importante papel en impedir que la civilización griega sucumbiese a los despotismos orientales, manteniendo viva de este modo en Europa la invaluable semilla de la libertad y la cultura humanista.

#### ALEJANDRO MAGNO

Con la ofensiva de la Hélade contra Oriente bajo Alejandro Magno, los celtas vuelven a hacer su aparición como un factor significativo.

En el siglo IV Macedonia fue atacada y casi borrada del mapa por hordas tracias e ilirias. El rey Amintas II fue derrotado y forzado al

destierro. Su hijo Pérdicas II murió en combate. Cuando Filipo, un hermano menor de Pérdicas, ascendió al oscuro y tambaleante trono que él y sus sucesores convertirían en la sede de un gran imperio, las conquistas de los celtas en los valles del Danubio y del Po constituyeron una poderosa ayuda a la hora de hacer frente a los ilirios. Esta alianza se perpetuó y acaso llegó a ser más intensa en los tiempos de Alejandro. A punto de embarcarse en la conquista del Asia (334 a. C.), Alejandro hizo un pacto con los celtas “que habitaban junto al golfo jónico” a fin de garantizar la seguridad de sus territorios durante su ausencia. Tolomeo Sóter relata este episodio en su historia de las guerras de Alejandro.<sup>9</sup> La nitidez de este pasaje lo señala como un fragmento de auténtica historia, y De Jubainville ha sacado a la luz otro singular testimonio de la veracidad de este relato. Mientras los embajadores celtas, a los que se describe como hombres de orgulloso porte y gran estatura, tras concluir su misión, se hallaban bebiendo con el rey, se dice que este les preguntó qué era lo que ellos, los celtas, más temían. Los embajadores respondieron: “No tememos a hombre alguno: hay solo una cosa que nos amedrenta y es que el cielo se desplome sobre nuestras cabezas; pero nada valoramos más que la amistad de un hombre como tú”. Alejandro les despidió y, volviéndose a sus nobles, susurró: “¡Qué gente tan jactanciosa estos celtas!”. Sin embargo, aquella respuesta, pese a su céltico floreio, no carecía de dignidad y cortesía. En la alusión al desplome del cielo nos parece vislumbrar algún mito o creencia primitiva cuyo sentido ya no es posible descubrir.<sup>10</sup> El juramento nacional con el que el cual los celtas se obligaron a observar su alianza con Alejandro es extraordinario. “Si no cumplimos este acuerdo –dijeron–, que el cielo caiga sobre nosotros y nos aplaste, que la tierra se abra y nos engulla, que la mar se levante y nos arrase”. De Jubainville llama la atención sobre un pasaje del *Táin Bo Cuailgné*, en el *Libro de Leinster*,<sup>11</sup> donde los héroes de Ulster declaran ante su rey, a punto de dejarlos en medio de la batalla para ir a frenar un ataque en otra parte del campo: “El cielo está sobre nosotros y la tierra debajo y el mar en torno nuestro. A menos que el cielo caiga con sus lluvias de estrellas allí donde acampamos, o a menos que un terremoto desgarre la tierra, o a menos que las olas

del mar vengan a cubrir los bosques del mundo viviente, no cedemos".<sup>12</sup> Esta supervivencia de una peculiar fórmula de juramento durante más de mil años y su reaparición en un romance mítico de Irlanda, tras haber sido escuchada por primera vez entre los celtas de Europa central, resulta sumamente curiosa y, junto a otros datos que comentaremos, constituye una muestra elocuente de la comunidad y persistencia de la cultura celta.<sup>13</sup>

#### EL SAQUEO DE ROMA

Hemos mencionado dos de las grandes guerras de los celtas continentales; hablaremos ahora de la tercera, contra los etruscos, que acabó por enfrentarlos a la mayor potencia de Europa y los llevó a su más imponente proeza militar, el saqueo de Roma. Alrededor del año 400 a. C., el imperio celta parece haber estado en el apogeo de su poder. Bajo un rey llamado Libio Ambigatos, probablemente jefe de una tribu dominante en una confederación militar –como actualmente el káiser alemán–, los celtas parecen haber tenido un grado considerable de unidad y haber seguido una política consistente. Atraídos por la rica tierra del norte de Italia, descendieron por los pasos de los Alpes y, tras duros combates con los pobladores etruscos, lograron consolidar su posición allí. En aquel momento los romanos presionaban a los etruscos desde abajo, y romanos y celtas actuaban decididamente en concierto y alianza. Pero los romanos, acaso menospreciando a los bárbaros guerreros norteños, osaron jugarles una mala pasada durante el sitio de Clusio, 391 a. C., una plaza considerada por los romanos como uno de los baluartes del Lacio contra los invasores del norte. Los celtas reconocieron entre las filas del enemigo a algunos romanos que habían venido a ellos vestidos en calidad de embajadores. Los acontecimientos que sobrevinieron han llegado a nosotros muy entremezclados con leyendas, pero hay ciertos toques de realismo dramático en los que se reconoce claramente el verdadero carácter de los celtas. Se dice que exigieron cuentas a Roma por la traición de sus embajadores, que eran tres hijos del máximo pontífice Fabio Ambusto. Los romanos rehusaron escuchar esta demanda y al año siguiente eligieron a los hijos de Fabio

como tribunos militares. Entonces los celtas abandonaron el sitio de Clusio y marcharon directamente contra Roma. El ejército mostró una disciplina perfecta. No hubo saqueo ni devastación indiscriminada, ninguna fortaleza o ciudad fueron atacadas. “Vamos a Roma” era el grito que oían los guardias sobre las murallas de las ciudades de provincia, que contemplaban con asombro y terror aquella hueste que avanzaba inexorablemente hacia el sur. Finalmente llegaron al río Alia, a pocos kilómetros de Roma, donde todas las fuerzas disponibles de la ciudad se habían alineado para recibirlos. La batalla tuvo lugar el 18 de julio de 390, aquel fatídico *dies Alliensis* que perpetuó en el calendario romano la memoria de la más honda vergüenza que jamás sufriera la república. Los celtas cayeron sobre el flanco del ejército romano y lo aniquilaron en una única y tremenda carga. Tres días después entraron en Roma y durante un año fueron los amos de la ciudad, o de sus ruinas, hasta que se pagó un gran rescate y se cobró venganza por la perfidia de Clusio. Durante casi un siglo después del tratado establecido hubo paz entre celtas y romanos y el final de aquella paz –cuando ciertas tribus celtas se aliaron con su viejo enemigo, los etruscos, en la tercera guerra samnita– coincidió con el desmembramiento del imperio celta.<sup>14</sup>

Dos preguntas hemos de plantearnos antes de abandonar la parte histórica de esta introducción. En primer lugar, ¿qué evidencias hay de la amplia difusión del poderío celta en Europa central durante este periodo? En segundo, ¿dónde estaban los pueblos germánicos y cuál era su posición respecto a los celtas?

#### LOS TOPÓNIMOS CELTAS EN EUROPA

Responder en detalle a estas preguntas nos llevaría a adentrarnos en disquisiciones filológicas (lo cual excede los propósitos de este volumen), que solo un especialista podría apreciar cabalmente. Las evidencias se hallan meticulosamente expuestas en la obra de De Jubainville, que ya hemos citado con frecuencia. El estudio de los topónimos europeos constituye la base de su argumentación. Tomemos el nombre celta *Noviomagus* compuesto por dos palabras celtas, el adjetivo que significa nuevo y *magos* (en irlandés *magh*), un cam-

po o llanura.<sup>15</sup> Se conocen en la Antigüedad nueve lugares con este nombre. Seis estaban en Francia: entre ellos las localidades llamadas actualmente Noyon, en Oise; Nijon, en Vosges; Nyons, en Drôme. Y los otros tres, fuera de Francia: Nimègue, en Bélgica; Neumagen, en Renania; y uno en Speyer, en el Palatinado.

La palabra *dunum*, tan a menudo rastreable hoy en día en los topónimos gaélicos (Dundalk, Dunrobin, etc.) y que significa fortaleza o castillo, es otro elemento típicamente céltico en los topónimos europeos. Es muy frecuente en Francia –por ejemplo, *Lug-dunum* (Lyons), *Viro-dunum* (Verdún)–. También se la encuentra en Suiza –por ejemplo, *Minno-dunum* (Moudon), *Eburo-dunum* (Yverdon)– y en Holanda, donde la famosa ciudad de Leiden se remonta a un céltico *Lug-dunum*. En Gran Bretaña el vocablo celta a menudo fue modificado por simple traducción como *castra*; de este modo *Camulo-dunum* devino Colchester, *Brano-dunum* Brancaster. Los autores clásicos mencionan ocho nombres terminados en *dunum* en España y Portugal. En Alemania los nombres modernos Kempton, Karnberg, Liegnitz, se remontan respectivamente a las formas célticas *Cambo-dunum*, *Carro-aunum*, *Lugi-dunum*; y encontramos un *Singi-dunum*, hoy Belgrado, en Serbia; un *Novi-dunum*, hoy Isaktscha, en Rumanía; un *Carro-dunum* en el sur de Rusia, cerca del Dniéster, y otro en Croacia, hoy Pitsmeza. *Sego-dunum*, hoy Rodez, en Francia, aparece también en Baviera (Wurzburg) y en Inglaterra (*Sege-dunum*, hoy Wallsend, en Northumberland); y el primer vocablo, *sego*, es rastreable en Segovia (*Sego-briga*) en España. *Briga* es una palabra céltica, origen del vocablo alemán *burg*, de significado equivalente a *dunum*.

Otro ejemplo: la palabra *magos*, llanura, que es un elemento muy frecuente en los topónimos irlandeses, se encuentra abundantemente en Francia y fuera de Francia, en países que ya no son celtas: aparece en Suiza (*Uro-magus* hoy Promasens), en Renania (*Broco-magus*, Brumath) y en Holanda, como ya hemos visto (Nimègue), en Lombardía varias veces y en Austria.

Los ejemplos ofrecidos no son en modo alguno exhaustivos, pero bastan para indicar la amplia difusión de los celtas en Europa y su identidad lingüística sobre su vasto territorio.<sup>16</sup>

## EL ARTE PRIMITIVO CELTA

Las reliquias del arte celta de la Antigüedad cuentan la misma historia. En el año 1846 se descubrió una gran necrópolis prerromana en Hallstatt, cerca de Salzburgo, en Austria. Esta contiene reliquias que, según Arthur Evans, datan de aproximadamente entre 750 a 400 a. C. Estas reliquias denotan en algunos casos un alto nivel de civilización y un comercio considerable. Hay allí ámbar del Báltico, vidrio fenicio y pan de oro de manufactura oriental. Se ven espadas de hierro cuyos puños y vainas están ricamente decorados con oro, marfil y ámbar.

La cultura céltica ejemplificada por los restos de Hallstatt evolucionó más tarde hasta convertirse en la llamada cultura de La Tène. La Tène era un asentamiento en el extremo nordeste del lago de Neuchâtel, en el que se han encontrado muchos objetos de gran interés desde su primera exploración en 1858. Estas Antigüedades representan, en opinión de Evans, el periodo culminante de la civilización gálica y datan de alrededor del siglo III a. C. El tipo de arte que aquí encontramos debe ser examinado a la luz de un reciente comentario de Romilly Allen en su *Arte celta* (p. 13):

La gran dificultad a la hora de comprender la evolución del arte celta radica en que aunque los celtas no parecen haber inventado nunca nuevas ideas, poseían una extraordinaria aptitud para recoger las ideas de los pueblos con los que entraban en contacto a través de la guerra o el comercio. Y una vez que el celta se apropiaba de una idea de sus vecinos era capaz de darle un matiz tan intensamente céltico que esta pronto se convertía en algo muy distinto de lo que originalmente era, hasta el punto de ser casi irreconocible.

Lo que los celtas tomaron de aquel arte que culminó en Europa continental en las reliquias de La Tène fueron ciertos motivos, originalmente naturalistas de la ornamentación griega, principalmente motivos de palmetas y meandros. Pero una característica del arte celta

era el eludir toda imitación, o incluso toda aproximación, a las formas naturales del mundo vegetal y animal. El celta lo reducía todo al ornamento puro. Su ornamentación preferida era la alternancia de largas curvas y ondulaciones con la energía concentrada de densas espirales o relieves; con estos sencillos elementos y con la sugestión de unos pocos motivos derivados del arte griego, elaboró un sistema de ornamentación sumamente hermoso, sutil y variado, que aplicó a las armas, los adornos y a toda clase de objetos cosméticos y del hogar, en oro, bronce, madera, piedra y posiblemente, si tuviéramos los medios para examinarlos, también en sus tejidos. Un hermoso aspecto de la ornamentación sobre metal parece haberse originado enteramente entre los celtas. El esmaltado era desconocido en la Antigüedad hasta que lo aprendieron de los celtas. Incluso en el siglo III todavía era extraño en el mundo clásico, como indica esta referencia de Filóstrato: “Dicen que los bárbaros que habitan en el océano [los britanos] vierten estos colores sobre el latón caliente y que se adhieren, volviéndose duros como la piedra y preservan los dibujos que se hagan sobre ellos”.

J. Anderson escribe en las Actas de la Sociedad de Anticuarios de Escocia:

Los galos, como también los britanos –de la misma cepa céltica–, practicaban el esmaltado antes de la conquista romana. Los talleres de esmaltado de Bibracte, con sus hornos, crisoles, moldes, piedras de pulir y con los esmaltes crudos en las diversas fases de su preparación, han sido recientemente excavados de las ruinas de esta ciudad destruida por César y sus legiones. Pero los esmaltes de Bibracte son obra de simples aficionados, en comparación con los ejemplos británicos de este arte. La cuna del esmaltado fue Gran Bretaña y el estilo del diseño, así como el contexto en que han sido encontrados los objetos con esta decoración, demostró con certeza que había alcanzado el apogeo de su desarrollo autóctono antes de entrar en contacto con la cultura romana.<sup>17</sup>